

Max Weber y la racionalización, desmagificación y remagificación del mundo

José Hernández Prado
Universidad Autónoma Metropolitana
Azcapotzalco

Max Weber wrote about a rationalization process of the human and social world, and he thought that this very process led towards a situation of world's disenchantment. Nowadays, it is possible to refer a re-enchantment of the social world as a consequence of the same process of rationalization; a philosophical index of this cultural change can be found in Wittgenstein's ideas on religious language.

El objetivo del presente artículo es hablar de un tema que fue planteado y desarrollado por un importante autor alemán desde los terrenos de la sociología; un tema con relevantes repercusiones filosóficas. El autor en cuestión es Max Weber, que vivió de 1864 a 1920, y que al paso del tiempo ha logrado celebridad como uno de los dos pilares universalmente reconocidos de la sociología moderna —el otro pilar lo sería el francés Emile Durkheim, nacido en 1858 y fallecido en 1917—. Weber se dió a conocer en el mundo intelectual alemán como un joven representante de la llamada Escuela Histórica de economía. Por ende, brillaría al principio de su carrera intelectual en el terreno de la economía política y en el de los estudios de historia, donde también se distinguió su hermano menor, Alfred Weber. Sin embargo, Max Weber se destacó especialmente, al comenzar el siglo XX, en el ámbito de la naciente disciplina sociológica. De hecho, fue el promotor personal de la llamada *sociología comprensiva*, una

TOPICOS

sociología rica en apuntes históricos, preocupaciones políticas y consideraciones filosóficas, que aportaría conocimientos invaluable en torno a la acción social, los orígenes culturales del capitalismo occidental moderno, las dominaciones políticas "carismática", "tradicional" y "burocrática" y las consecuencias económico-sociales de las grandes religiones universales, entre otros diversos temas. Además, la weberiana sociología comprensiva reivindicaría metodológicamente aquella *comprensión* de las acciones humanas de la que habló aún antes de Weber el singular filósofo Wilhelm Dilthey (1833-1911).

También es conocida la sociología comprensiva por su postulación y empleo de los denominados *tipos ideales*, que son reconstrucciones intelectuales de la racionalidad inherente a las múltiples acciones sociales y tramas de acciones sociales, elaboradas necesariamente desde determinado punto de vista valorativo.¹ Weber esbozó perspicaces tipos ideales de la racionalidad implicada en fenómenos sociales tales como el "espíritu capitalista" o el liderazgo carismático, y aquella misma perspicacia le valió para efectuar intuiciones históricas que en no pocas ocasiones desbordaron los límites de la mera sociología, para adentrarse de lleno en temas filosóficos. Uno de esos temas fue el abordado en la segunda de las conferencias que Weber impartió en el año de 1919 a los estudiantes de la Universidad de Munich, y que el sociólogo alemán intituló "La ciencia como vocación".² Las reflexiones contenidas en este texto son

1 Para una conceptualización de los tipos ideales, véase, del propio Max WEBER, su ensayo intitolado "La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social", de 1904, en *Ensayos sobre metodología sociológica*, traducción de José Luis Etcheverry, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, pp. 39 a 101; y el capítulo inicial de *Economía y sociedad*, "Conceptos sociológicos fundamentales", de 1918, en la edición de Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp. 5 a 18.

2 En WEBER, M.: *El político y el científico*, traducción de Francisco Rubio Llorente, Alianza Editorial, México, 1984, pp. 180 a 231.

MAX WEBER Y LA DESMAGIFICACIÓN

en extremo útiles para hablar de la racionalización y la desmagificación del mundo social humano de acuerdo con Max Weber, y también de la posible —y quizás no menos “weberiana”— remagificación contemporánea de ese mismo mundo social humano.

Weber señalaba en “La ciencia como vocación” que todo buen científico ha de resignarse a ver superado en algún momento su labor de investigación, misma que en los tiempos que corren y correrán es, por fuerza, algo muy especializado. Las ciencias, a diferencia de las artes, decía Weber, admiten el progreso no únicamente de sus técnicas, sino también de sus contenidos. No existe, en rigor, un progreso estético o artístico. Las artes progresan exclusivamente de un modo “técnico”, mientras que las ciencias lo hacen cognoscitivamente, además de técnicamente. Sin lugar a dudas, hay un progreso científico, dictaminaba Weber; uno que impele a los hombres de ciencia a preguntarse qué sentido tiene su actividad científica —más allá de sus utilitarias aplicaciones tecnológicas—, pues esa actividad no será siempre sino un escalón más para futuras obras que algún día también serán superadas. Abocándose a la búsqueda de una respuesta para la pregunta anterior, Weber consideraba que el progreso científico es la parte medular de un proceso de *racionalización* al que “desde hace milenios” —es decir, a partir de la cultura de la Grecia antigua, podemos suponer— se encuentra sometida la civilización occidental. Esa racionalización no significaba para Weber un mayor control sobre las condiciones de vida de los seres humanos. No equivalía a una vida humana mejor y de mayor bienestar, y mucho menos a una vida más gratificante y feliz, a la manera de los estereotipos concebidos en la Ilustración dieciochesca. La racionalización de la cultura significaba, a juicio de Weber, que “en cualquier momento en que se quiera, se puede llegar a saber que (...) no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser *dominado*

TOPICOS

mediante el cálculo y la previsión".³ La racionalización significa la paulatina gestación de un mundo social humano no *más racional* — mejor organizado; más justo; más adecuado para que sus integrantes puedan vivirlo y disfrutarlo—, sino de uno *más racionalizado* en el que toda actividad humana se encuentra sometida cada vez más al examen riguroso de la razón; al juicio crítico racional, y ello para bien o para mal, porque ese juicio pudiera generar armonía y bienestar entre los seres humanos, o provocarles problemas y tensiones que nunca antes han presenciado ni vivido.

La consecuencia del proceso de racionalización del mundo era para Max Weber su *desencantamiento*, su *desmagificación* (*Entzauberung*), es decir, cierta exclusión de todo lo mágico, de todo lo sobrenatural en el mundo.⁴ *Entzauberung* no es para Weber "desencantamiento" en tanto que desilusión acerca de los hechos del mundo, sino que lo es en el sentido de una supresión de todo tipo de encantamiento mágico o sobrenatural capaz de operar en el mundo. Sería correcto hablar en castellano, entonces, de la *desmagificación* del mundo social humano, según Weber, en la medida en que la voz alemana *Zauber* se traduce habitualmente como "mágico" —recuérdense *La Montaña Mágica* (*Zauberberg*) de Thomas Mann o *La Flauta Mágica* (*Zauberflöte*) de Mozart—. De esta manera, no solamente en un mundo que es más y más racionalizado los encantamientos mágicos tienden a cederle terreno a las predicciones científicas racionales; además de ello, los dioses de dicho mundo intervienen cada vez menos en las vidas humanas y se muestran prescindibles en ellas, junto a nociones tales como las de pecado y gracia, salvación y condenación o infierno y cielo. Weber evocaba una imagen literaria de Leon Tolstoi en su conferencia sobre "La

3 WEBER, M. *El político y el científico*, p. 200. Subrayados de Weber.

4 MITZMAN, Arthur: *La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber*, traducción de Angel Sánchez Pascual y María Dolores Castro Lobera, Alianza Editorial, Madrid, 1976, pp. 184.

MAX WEBER Y LA DESMAGIFICACIÓN

ciencia como vocación”, y decía que si en algún momento deja de haber un cielo, la muerte pierde sentido para los seres humanos, y si estos no mueren específicamente *para algo* (para alcanzar el cielo, por ejemplo), entonces también su vida pierde sentido y se rompe aquel “ciclo orgánico de la vida” conforme al cual los hombres y las mujeres viven asumiendo cada una de las etapas de la vida (su juventud, su madurez, su vejez) y mueren cansados de vivir, pero satisfechos. Cuando se desbarata el “ciclo orgánico de la vida”, los seres humanos no saben más para qué vivir y para qué morir, y mueren hartos de la vida e insatisfechos.

Se supone que los seres humanos se entregaron alguna vez a la ciencia en busca de la verdad, de la verdadera naturaleza de la realidad, la cual les diría, entre otras cosas, cómo vivir y para qué esforzarse en la vida. Allí radicaba el sentido último del quehacer científico, ese sentido que justificaba dedicarse a un quehacer destinado a volverse caduco. Pero precisamente la ciencia, indicaba Weber, es quien expulsó a los espíritus, los demonios e inclusive los dioses de la vida pública; es quien racionalizó al mundo en modo tal que se ha descalificado a Dios y a todo lo sagrado, respecto de los avatares prácticos de la existencia. La ciencia ha dejado de buscar *resolver* cuestiones fundamentales, para limitarse a *clarificar* situaciones prácticas, y no aconseja más a los seres humanos sobre “qué es lo que debemos hacer y cómo debemos orientar nuestras vidas”.⁵ Esto sólo lo hacen, como siempre, los profetas y salvadores religiosos, de los que también nos ha llevado a desconfiar la ciencia, a no ser que en nuestro fuero interno, donde no discutimos con nadie aquello que más nos interesa, sino sólo con nosotros mismos, optemos por hacerles caso a esos profetas. Pero ello es recluir lo divino al ámbito de la vida privada y expulsarlo de la vida pública, y es suprimir la práctica intelectual de debatir con las personas nuestras ideas más importantes. Por esta razón decía Max Weber en “La

5 WEBER, M.: *El político y el científico*, p. 225.

TOPICOS

ciencia como vocación” que la racionalización científica orilló a los seres humanos a adoptar una de dos alternativas: o refugiarse individualmente en “el seno de las viejas iglesias”, con la consecuencia del lamentable, pero comprensible, “sacrificio del intelecto”, o bien continuar por la ruta razonable y a la vez desesperanzada de la propia racionalización científica, que dispone a los seres humanos en una situación de expectativa; en otras palabras, “ponerse al trabajo y responder, como hombre y como profesional, a las ‘exigencias de cada día’”.⁶ Así culminaba Weber sus consideraciones sociológico-filosóficas sobre la racionalización y la desmagificación del mundo.

Claro está que en los tiempos de Weber, en la convulsionada Europa occidental de las primeras décadas del siglo XX, podían parecer convincentes estas reflexiones sobre la racionalización científica del mundo social humano que conducía a una indefectible desmagificación del mismo. Pero en los tiempos que vivimos, los herederos disciplinarios de Weber, los sociólogos actuales, han empezado a reconocer lo que llaman un *reencantamiento* del mundo, su *remagificación* apreciable, por ejemplo, en el reforzamiento del discurso religioso en los ámbitos político, científico-cultural, social y nacional, etcétera. o en la mayor comprensión que la universalizada cultura de occidente ha venido manifestando hacia las prácticas “esotéricas” de las culturas que le son periféricas, y a las que ya no llama pura “superstición”.⁷ Desde las reiteradas invocaciones a Dios por parte del actual presidente de los Estados Unidos de América, hasta el globalizado esoterismo hecho hoy “por computadora”, pasando por la reafirmación de la vida religiosa en los países del

6 WEBER, M.: **El político y el científico**, p. 231.

7 Consúltese, por ejemplo, a Morris BERMAN y su libro **El reencantamiento del mundo**, Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1987, o al artículo de Lidia GIROLA “Modernidad y reencantamiento del mundo”, en **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, FCPyS-UNAM, México, núm. 154, octubre-diciembre 1993, pp. 37-50.

MAX WEBER Y LA DESMAGIFICACIÓN

caído Bloque Socialista, el mundo desarrollado o no de la década final del siglo XX habla y trata con mucha más naturalidad de todo lo sagrado y lo sobrenatural, de cuanto hubiera imaginado Max Weber al final de sus días. No hay duda de que debe haber numerosas causas para la insospechada remagificación del mundo, pero aquí solo quiere considerarse aquélla que tiene que ver con el modo en que la razón científica pondera en nuestros días al lenguaje religioso.

La ciencia de la que hablaba Max Weber en su conferencia de 1919 se juzgaba a sí misma el único modo sensato y válido de referirse con propiedad y verdad a la realidad en su conjunto. Sólo esa ciencia podía conocer el mundo y discurrir con sensatez acerca de él. Otros discursos sobre la realidad se juzgaban ilegítimos, incluidos los involucrados en la religión, que se refieren a entidades presuntamente reales como Dios, el bien, el cielo, etcétera. La apoteosis de este punto de vista, suscrito implícitamente por Max Weber en "La ciencia como vocación", habría de plasmarse en las tesis filosóficas del Círculo de Viena: del llamado positivismo lógico o neopositivismo. De acuerdo con esta filosofía surgida de las reflexiones y conclusiones de Moritz Schlick, Rudolf Carnap, Otto Neurath y otros autores, si una proposición no afirmaba algo que pudiera comprobarse que fuera verdadero o falso, no era una proposición con sentido. Los únicos enunciados dotados de sentido o de significado eran aquéllos *formales* de la lógica o de las matemáticas, y también aquellos otros *fácticos* que admitían su verificación empírica, y que formaban parte de la ciencia natural. Para el positivismo lógico del Círculo de Viena, gran cantidad de discursos filosóficos que discutían sobre lo absoluto, las entidades llamadas trascendentes, el destino del hombre, etcétera, se hallaban conformados a partir de proposiciones faltas de significado: a partir de enunciados denominados "metáfísicos" en sentido peyorativo. A estas proposiciones metafísicas de la filosofía y de la religión, se les podía conceder exclusivamente un valor poético y emotivo, pero no uno cognoscitivo. Estrictamente hablando, todo lenguaje religioso que intentaba decir "algo de algo" era carente de significado, puesto que

TOPICOS

sólo era significativo el lenguaje de la ciencia, el único capaz de formular predicados acerca de objetos en relación a los cuales llega a tenerse alguna evidencia empírica o formal.⁸

No se quiere sugerir con las presentes líneas que el mundo social de nuestro siglo XX se hubiera desmagificado por el simple efecto que surtieron ideas como las recién mencionadas del Círculo de Viena. Más adecuado sería proponer que estas ideas fueron, en sí mismas, un índice intelectual de la desmagificación descrita por Max Weber y vigente en aquellos tiempos de las primeras décadas del siglo. Si ello fuera así, lo mismo podría decirse con respecto a algunas ideas que tal vez fueron ya un indicador de *la posible remagificación a la que condujo la racionalización del mundo reivindicada por Max Weber, luego de la quizá superada desmagificación*. De acuerdo con este planteamiento, aquellas singulares ideas —que eran el índice de un reencantamiento del mundo— habrían sido propuestas por el más grande de los filósofos analíticos, Ludwig Wittgenstein (1889-1951), desde su *Tractatus logico-philosophicus* de 1922, y posteriormente en su *Conferencia sobre ética* de 1929 o 1930 y sus *Investigaciones filosóficas*, publicadas en forma póstuma en 1953.

Las ideas aludidas de Ludwig Wittgenstein sirven quizás de argumento para la tesis de que *el lenguaje de la religión —y no solamente ese que quiere decir "algo de algo", sino además aquél aún más frecuente, concentrado en expresiones tales como "¡Dios mío!" o "Señor, ten piedad de nosotros"— es el único que tiene sentido en determinadas situaciones y prácticas humanas vinculadas a ciertos juegos de lenguaje.*⁹ Hay ocasiones, en efecto,

8 AYER, A.J.: "Introducción del compilador" a **El positivismo lógico**, traducción de L. Aldama, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, pp. 9 a 34.

9 Proponemos esta tesis a partir de lo que nos sugiere Alejandro TOMASINI en **El pensamiento del último Wittgenstein. Problemas de filosofía contemporánea**. Editorial Trillas, México, pp. 83 a 92.

MAX WEBER Y LA DESMAGIFICACIÓN

en que lo único que cabe decir con pleno sentido es “¡bendito sea Dios!” o “Padre nuestro que estás en los cielos... etcétera”, y ello no como simple catarsis emocional, sino como el único tipo de discurso que logra conferirle algún sentido a circunstancias de extrema felicidad o de extremo sufrimiento o alivio, en las que puede desenvolverse eventualmente cualquier ser humano razonable; circunstancias que lo conectan con genuinas experiencias místicas. Son acordes con la tesis recién expuesta, por ejemplo, las palabras del filosofema 6.432 del *Tractatus*, que dicen: “Cómo sea el mundo, es completamente indiferente para lo que está más alto. Dios no se revela en el mundo”.¹⁰ Y también aquellas reflexiones de la *Conferencia sobre ética*, según las cuales...

“...estas expresiones sin sentido (las de la moral o las de la religión, propone Wittgenstein) no son sinsentido porque yo no haya encontrado todavía las expresiones correctas, sino que su sinsentido es su misma esencia. Pues todo lo que quise hacer con ellas era sólo ir más allá del mundo y eso quiere decir más allá del lenguaje significante...”.¹¹

Desde luego, Wittgenstein refleja en este párrafo estar hechizado aún por el lenguaje científico, pero ese hechizo parece diluirse en las palabras que siguen, tomadas también de la *Conferencia...*:

“Toda mi tendencia, y creo que la tendencia de todos los hombres que hayan tratado alguna vez de escribir acerca de ética o de religión, fue la de correr contra los límites del lenguaje... pero es... una tendencia en la mente humana que

10 WITTGENSTEIN, L.: *Tractatus logico-philosophicus*, traducción de Enrique Tierno Galván, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 201.

11 WITTGENSTEIN, L.: “Una conferencia sobre ética”, traducción de Salvador Mendiola Mejía, en *Umbral XXI*, Universidad Iberoamericana, México, Verano de 1990, núm. 3, pp. 12 a 17. El párrafo corresponde a la p. 17.

TOPICOS

yo personalmente no puedo dejar de respetar profundamente y que nunca en mi vida me atreveré a ridiculizar".¹²

Finalmente, en las *Investigaciones filosóficas* de 1953, donde la reflexión sobre los juegos de lenguaje ha sido desarrollada, el filosofema 373 indica que "la gramática dice qué clase de objeto es algo (la teología como gramática)",¹³ lo que puede significar que el empleo del lenguaje en aquellas situaciones a las que se refiere la teología, revela una realidad inclasificable desde el punto de vista de otros usos del lenguaje, por ejemplo, los de la ciencia natural, pero una que es aceptable al interior de los usos y juegos del lenguaje que propician a la teología, y que son, justamente, los asociados a la religión. El punto es que quizás Wittgenstein personifica intelectualmente *un paso más* en el weberiano proceso de racionalización del mundo: aquél que *limita* las pretensiones de la razón científica, para despojarla del *monopolio* de la verdad y del sentido. En tiempos de Weber, la racionalización habría accedido hasta una desmagificación del mundo social humano, pero en los nuestros, que corresponden a estos últimos años del siglo XX, aquella racionalización inexorable accede hasta una remagificación del mundo gracias, tal vez, a pensadores como Wittgenstein, que nos han ayudado a los seres humanos a comprender que existen realidades como las de la religiosidad o las de la fantasía, *perfectamente razonables* y rebosantes de sentido. En la actualidad no abunda más esa razón "antiteísta" y —si se nos permite la expresión— "comecuras", que caracterizó al pensamiento positivista en sus diversas variantes. Si bien es cierto que la razón no empuja ahora hasta la fe religiosa, también es verdad que ella no encuentra inadmisibles dicha fe. De hecho, la presente no sería la primera vez, desde que se inició la racionalización del mundo social humano propuesta por Max

12 WITTGENSTEIN, L.: "Una conferencia sobre ética", p. 17.

13 WITTGENSTEIN, L.: **Philosophical Investigations**, translated by G.E.M. Anscombe, Basil Blackwell Publisher LTD, Oxford, 1984, pliego 116e.

MAX WEBER Y LA DESMAGIFICACIÓN

Weber, que la razón proyectada desde la civilización occidental ha encontrado en su camino a las cuestiones de la fe religiosa. Antes sucedió así también en la escolástica medieval, que se dejó guiar por el aserto de que la fe indiscutida en un Dios trinitario que precedía a la creación universal era inteligible a la luz de la razón. Tampoco sabemos si en un futuro próximo o en uno lejano la racionalización weberiana nos conducirá de nuevo hasta la desmagificación del mundo. Lo razonable parece ser una evocación de las palabras finales de Max Weber en "La ciencia como vocación":

"Hay que ponerse al trabajo y responder, como hombre y como profesional, a las 'exigencias de cada día'. Esto es simple y sencillo si cada cual encuentra el demonio que maneja los hilos de *su* vida y le presta obediencia".¹⁴

14 WEBER, M.: **El político y el científico**, p. 231.

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.